

Nadie en Berlín

PABLO MARTÍNEZ ZARRACINA

Estas son las memorias de una joven judía alemana en el Berlín de los años cuarenta. Unas distintas. El lector encontrará en ellas ciudadanos chinos que hacen el saludo nazi, policías que recomiendan a judíos que se quiten «esa estrella de mierda», padres que en la cena preguntan a sus hijos cómo ha ido el día en el trabajo forzado, familias que antes de ser deportadas a Auschwitz mantienen conversaciones «trágicas y al mismo tiempo cómicas» y una respetable mujer que ve a una joven asomándose demasiado a una barandilla sobre el Spree y se tranquiliza al comprobar que la posible suicida es judía: «Ah, entonces no pasa nada».

‘Clandestina’ es un libro excepcional. No es frecuente encontrar un testimonio de aquellos años que, además de al horror, sea sensible al absurdo. Marie Jalowicz se compromete con la verdad. Conocéis la historia, viene a decirnos, pero las cosas fueron así. Y al mismo tiempo revela algo mejor: cómo fue exactamente ella. Ese descubrimiento será inolvidable para el lector. Un ejemplo entre muchos: al comienzo de la guerra, cuando muere su padre dejándola sola, Jalowicz exige su emancipación ante un tribunal soltándole al juez que piense en lo lioso que sería tener que mantener correspondencia con su tutor legal «de un campo de concentración a otro».

Al mismo tiempo, este es un libro duro y desolador. Está lleno de muerte, fanatismo y miseria. Jalowicz ve cómo su mundo desaparece y cómo sus compatriotas se vuelven enemigos. Y describe lo que tiene que hacer



CLANDESTINA
MARIE JALOWICZ SIMON

Trad.: Ibon Zubiaur. Ed.: Periférica/Errata Naturae. 466 páginas.
Precio: 24 euros

para sobrevivir en la clandestinidad. Eso implica cambiar de identidad y no tener un lugar fijo donde dormir. El riesgo es constante y mortal; la humillación, cotidiana. Más aun para una joven de origen burgués orgullosa de su formación cultural. «Todo esto nos hace el enemigo», piensa cuando exhausta y enferma toca fondo y se orina encima en una tienda. «Quizá a algunos les cueste menos imaginar estos infortunios que las montañas de cadáveres».

El libro solo presenta un problema: la narración se vuelve en ocasiones demasiado lineal y enumerativa. A Marie Jalowicz parece obsesionarle consignar cada nombre y cada suceso cuando al lector lo que le interesa en realidad es ella: su personalidad apabullante, su inteligencia acorada y su ingenio incontenible. El desajuste se explica en un epílogo escrito por su hijo. El texto es en realidad la transcripción de unas grabaciones que Jalowicz solo aceptó realizar al final de su vida. Puso como condición que la dejaran recordar de forma consecutiva, sin interrupciones. Es fácil entender por qué cada nombre, cada dirección y cada historia le importaban. Estaba poniéndolos a salvo.